

do inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su coraçon encierra, en estrecho termino se hallan. Yo, Señor Don Quixote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo esto sufrida, y honesta tanto, que por serlo tanto, rebentò mi alma por mi silencio, y perdì la vida. Dos dias hà que con la consideracion del rigor con que me has tratado, ô mas duro que marmol à mis quejas, empedernido cavallero, he estado muerta, ô alomenos juzgada por tal de los que me han visto; y fino fuera porque el amor, condoliéndose de mi, depositò mi remedio en los martirios deste buen Escudero, allà me quedàra en el otro mundo. Bien pudièra el amor, dixo Sancho, depositàrlos en los de mi asno, que yo se lo agradecièra: Pero dìgame, Señora (assi el Cielo la acomode con otro mas blando amante que mi amo) que es lo que viò en el otro mundo? Que ày en el infierno, porque quien muere desesperado, por fuerça ha de tener aquel paradèro?

La verdad que os diga, respondiò Altisidora, es que yo no devì de morir del todo, pues no entrè en el infierno; que si allà entràra una por una, no pudièra salir del aunque quisièra. La verdad es, que lleguè à la puerta adonde estavan jugando hasta una dozena de diablos à la pelota, todos en càlças y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de braço de fuera, porque parecièssen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego; y lo que mas me admirò fuè, que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer